

RODRIGO MORENO GUTIÉRREZ, *Introducción a la Independencia de México y su tiempo*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2024, 196 pp. ISBN 978-607-309-760-4

En su *Introducción a la Independencia de México y su tiempo*, Rodrigo Moreno propone un ejercicio de interpretación que desentona con las viejas y nuevas variantes de la historia patria. La revolución de independencia del antiguo régimen de la Nueva España, a partir de 1808, no se entiende aquí como una trama bien delineada de hitos y epopeyas, caudillos y programas, sujetos antiguos y modernos, sino como un proceso relativamente largo y zigzagueante, que en unos 15 años verifica la transformación del virreinato de la Nueva España en la nueva República Federal Mexicana.

Una frase reiterada en dos momentos del libro permite captar su sentido más profundo: ni la crisis del imperio borbónico ni la revolución de independencia se dieron en un día. La primera no se entiende sin las guerras atlánticas de fines del siglo XVIII o sin el contexto revolucionario generalizado en los alrededores de la península Ibérica y el reino novohispano. La segunda tampoco se entiende sin los antecedentes revolucionarios de Haití y Estados Unidos o la propia revolución hispánica, que se extendería de Madrid a Lima y del Bajío mexicano a los Andes argentinos y chilenos.

La Independencia no se produjo en un día y ni siquiera las ideas de un día, en un lugar y tiempo específicos, digamos la parroquia de Dolores el 16 de septiembre de 1810 o la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, como probara Javier Ocampo en un libro espléndido, fueron las mismas. La duración del proceso, su heterogénea composición social y sus diversas orientaciones políticas decidieron un ritmo y un sentido del cambio no predestinados ni teleológicos.

E. P. Thompson hablaba de revoluciones gradualistas y cataclísmicas, pero esta segunda, que el marxista británico derivaba de una lectura de la experiencia bolchevique en clave jacobina, era en realidad la abstracción de un momento específico de la Revolución francesa o de la rusa. Se trataba de la operación historiográfica que el filósofo

húngaro, Ferenc Fehér, cuestionó en su libro *La revolución congelada* (1989). A través de la postulación del terror jacobino como esencia de la Revolución francesa se reducía el proceso revolucionario a su momento de máxima radicalidad.

El estudio de Moreno intenta captar la complejidad del proceso en todas sus facetas. De ahí que lo que se intenta introducir no sólo sea la “independencia de México”, sino la “Independencia de México y su tiempo”. Con lo cual, esta síntesis histórica adquiere desde sus primeras páginas una connotación transnacional: lo que sucedió en México entre 1808 y 1823, de acuerdo con esta óptica, sería inconcebible sin la historia atlántica o, específicamente, europea y americana de aquellos 15 años.

La complejidad del proceso histórico obliga a pensar con fechas imprecisas y perfiles borrosos. Por ejemplo, ¿cuándo empezó la revolución? Se puede afirmar que la guerra separatista comenzó el 16 de septiembre, pero más difícilmente que la revolución comenzó ese mismo día. ¿Qué instante o lapso de 1808 o 1809 dar por iniciático? ¿Aranjuez o Bayona, los intentos juntistas del ayuntamiento o la audiencia o las conspiraciones de Valladolid y Querétaro?

Preguntas válidas siempre y cuando no se quieran responder de manera tajante o inapelable. Como toda revolución, la mexicana de independencia abre interrogantes sobre sus inicios y sus desenlaces. ¿Cuándo terminó, con el imperio de la América Septentrional en 1821, con el imperio de Iturbide en 1822, con la confederación de 1823 o con la nueva República Federal constituida de 1824? Pensar históricamente una revolución significa moverse entre esas interrogaciones legítimas.

También significa escribir con conciencia del legado de una tradición historiográfica que ostenta una pluralidad irreductible. Lo confirma Rodrigo Moreno al glosar, en las primeras páginas de su libro, las obras de fray Servando Teresa de Mier, Lucas Alamán y Luis Villoro. Tres historiografías con tres imágenes muy distintas y, no pocas veces contradictorias, de una misma revolución.

Algo muy bien cuidado aquí es el equilibrio entre historia social e historia política de la revolución de independencia. Hace poco más de 30 años, cuando apareció *Modernidad e independencias* de François-Xavier Guerra, ese equilibrio parecía imposible, toda vez que Guerra llamaba a pensar la revolución hispánica como un fenómeno

centralmente político. Una década después, cuando se publicó *La otra rebelión*, de Eric Van Young, el equilibrio volvió a parecer imposible. Tan es así que el libro de Van Young mereció una dura crítica de otro historiador social, Alan Knight, quien consideraba que el enfoque de Van Young, al privilegiar el nivel de la rebelión popular, desdibujaba la dimensión propiamente política de la causa insurgente.

Rodrigo Moreno dedica páginas brillantes a contarnos cómo el grito de Miguel Hidalgo en Dolores se transformó en una profunda revuelta popular en el Bajío, entre septiembre y octubre de 1810. Miles de indios laboriosos, labradores mestizos, hasta llegar a la cifra de 80 000 siguieron a Hidalgo y a Allende en su marcha hacia Guanajuato, Michoacán y Querétaro. Una verdadera muchedumbre, a la que se sumaban mineros, rancheros, ancianos, mujeres y niños, hablantes de otomí, náhuatl y purépecha, que sintetizaban las clases populares del virreinato y portaban los agravios de las sequías, las hambrunas y las alzas del precio del maíz.

No descuida tampoco, este libro, la reconstrucción del proceso político republicano que tiene lugar en el campo insurgente durante el periodo de José María Morelos. Se recorre la secuencia constitucionalista de la Junta Nacional de Zitácuaro, los Sentimientos de la Nación, el Congreso de Chilpancingo y la Constitución de Apatzingán. A la vez, ni se magnifican ni se subestiman dos lógicas que convergen en la guerra separatista, la del constitucionalismo gaditano y la del relanzamiento de la contrainsurgencia realista después de la restauración absolutista de Fernando VII en 1814.

El autor de este libro, Rodrigo Moreno, es un conocedor de la historia militar del último tramo novohispano y, especialmente, del nacimiento y formación del Ejército Trigarante en 1820, tras el abrazo de Acatempan. Las últimas páginas de la *Introducción a la Independencia de México y su tiempo* se benefician de esas investigaciones y otorgan un protagonismo al Ejército Trigarante no muy visible en otros ejercicios de síntesis histórica del proceso separatista mexicano.

La Trigarancia aparece aquí como un factor militar y político decisivo no sólo de la consumación de la independencia, sino de la preservación de la integridad territorial que acompañó el tránsito a los imperios de la América Septentrional y de Iturbide. La narración culmina el 27 de septiembre de 1821, pero el autor nos dice, con sutileza, que se

trata de “aquella independencia precisa de 1821”, no cualquier otra y no completa para entonces, a la que faltaba consolidar su dominio en el Perote, Acapulco, San Juan de Ulúa, Guaymas, Culiacán, Comayagua o Guatemala.

El final abierto de este libro refuerza el sentido procesual que se da a la interpretación del fenómeno revolucionario independentista. Ni los orígenes ni los destinos de la revolución de independencia se trazan con contornos fijos. Entre otras razones porque los límites entre el antiguo régimen y la revolución y entre ésta y el nuevo Estado nacional no fueron experimentados por la sociedad, las instituciones y los actores políticos de manera diacrónica.

En contra de los relatos o los análisis de la independencia mexicana desde enfoques excepcionalistas, este ensayo pone a dialogar la crisis del imperio borbónico en la Nueva España con las otras gestas separatistas americanas que dieron lugar a las repúblicas hispanoamericanas del siglo XIX. Son reiteradas las alusiones a las independencias del Río de la Plata y de la Nueva Granada, pero también a la revolución haitiana.

Curiosamente, esa mirada comparativa, que recurre incluso al cotejo de las muertes en las guerras hispanoamericanas y en la mexicana, elude algunos tópicos de diferenciación como el de la participación protagónica del clero en la gesta novohispana. De Tulio Halperín Donghi a John Lynch se reiteró que la participación activa del bajo clero novohispano en la lucha separatista fue un rasgo distintivo de la revolución mexicana de independencia.

El propio Van Young dio importancia tanto al clero regular como el secular, al alto como al bajo, en el proceso político de la independencia y de la reacción absolutista. Junto con el papel de los curatos y las parroquias en la insurgencia mexicana pudo abrirse más la argumentación a una mayor centralidad del papel de la jerarquía eclesiástica novohispana en la contrainsurgencia y a un seguimiento más atento de las aristas de la esfera pública católica involucradas en la Independencia de México.

En todo caso, no hay dudas de que este es un libro escrito con una rara mezcla de amenidad y erudición, que evidentemente se sustenta en un conocimiento exhaustivo de la historiografía y las fuentes primarias de las últimas décadas del virreinato de la Nueva España. Un libro que

RESEÑAS

viene a desafiar con elegancia la disyuntiva entre historia académica y divulgación histórica, que vuelve a plantearse de manera apremiante en nuestros días.

Rafael Rojas
El Colegio de México